

Esta vista reanimó en nosotros el deseo que habíamos formado con frecuencia al pasearnos por la playa de Pondichery.

—¡Qué noche tan hermosa para pasarla en el mar sobre esa sólida balsa!—me dijo mi amigo, pensativo.

—¿Volveis á vuestra manía?—le respondí sonriendo.

—Verdadera manía,—repitió á su vez.

—Pero cuya ejecucion es peligrosa.

—Méenos de lo que parece, pues todas las noches salen millares de pescadores de la costa de Coromandel, y no he oido decir nunca que les haya sucedido desgracia ninguna.

—Se dice, sin embargo, que algunos no vuelven, porque sorprendidos por la tempestad y no llevando brújula, no pueden arribar á la costa.

—Si la leyenda dice eso... pero no se puede creer todo cuanto se oye contar. Los elefantes salvajes dan cuenta todos los años de algunos cazadores, y esto no impide que nosotros vayamos á hacerles una visita; cuando cazábamos juntos el tigre y el búfalo, ya sabíamos que era algo más peligroso que cazar liebres, y sin embargo, esto no era impedimento para nosotros. Yo os aseguro que no quiero irme de la India sin proporcionarme las emociones de pasar una noche en el Océano en un catimoron, y creo que la ocasion que se nos presenta no puede ser mejor.

—¿Os empeñais?

—Creo que no puede haber placer más punzante que proporcionarse la situacion ficticia del náufrago que boga sobre un madero sin correr riesgo alguno.

—Pero un golpe de mar puede arrebatarnos en un momento.

—No tengais cuidado, no estamos en la época de las tempestades, y en estos largos períodos de calma el Océano tarda algun tiempo en prepararse á la tormenta, y de seguro tendremos tiempo para volver á la playa.

—Para todo teneis respuesta.

—¿Acceptais entónces?

—No lo dudeis; pues aunque me he creido en el deber de haceros algunas reflexiones, si estais decidido á correr la aventura, yo os sigo adonde vayais.

—El programa de nuestra excursion será mucho de imprevisto, emociones singulares, peligro ninguno.

—Creo lo mismo, pero no será inútil tomar ciertas precauciones.

Llamé á Amoudou y le di orden para que ajustase con los macouas el precio del catimoron.

Cuando aquellas buenas gentes supieron que deseábamos acompañarlos, todos querian llevarnos consigo, y se pusieron á cantar las alabanzas de sus embarcaciones, más sólidas unas que otras.

Para acabar de una vez, nos aproximamos á ellos y escogimos un ancho catimoron, compuesto de tres enormes troncos de árboles, que á juzgar por las cuerdas de hilo de coco que los unian, no parecia haber servido mucho. Además, la viga de en medio estaba ahondada en toda su extension, lo que nos proporcionaba la comodidad de ir perfectamente sentados, en vez de permanecer de pié toda la noche, lo que hubiera sido muy desagradable.

—¿Cómo te llamas?—dije en tamoul al patron del catimaron.

—Chek-Toullah, saeb,—me respondió.

—¿Eres musulman?

—Sí, saeb.

—Bien. ¿Y cuánto nos llevarás por tomarnos á bordo de tu catimaron?

—¿Dónde quieren los saeb's ir?

—A ninguna parte; deseamos seguir la pesca y pasar la noche en el mar, de suerte que obrarás como si estuvieses solo.

—Entonces, saeb, me dareis lo que querais.

—Todo hombre que trabaja debe poner precio á su trabajo; fija tú mismo el precio.

—¿La pesca será vuestra?

—No, te la dejaremos.

—Entonces, me dareis una rupia por los dos.

—No, te daremos dos.

—Pero ¿os quedareis con la pesca?

—Te repito que no; irás donde quieras, pescarás lo que puedas, y te guardarás el producto de tu trabajo; éstas son nuestras condiciones.

—¡Salam (1), saeb!—respondió el pobre diablo llevando la mano derecha á sus piés, á su corazón y sus labios, que es el mayor signo de respeto que pueden dar los cyngaleses de origen morisco.

Un pescador gana todas las noches, por término medio, de doce á quince cuartos, y sin embargo, en Europa esa pesca valdría muchos cientos de francos, pues generalmente pescan uno ó dos salmones negros del cabo Comorin, que pesan comunmente de treinta á cuarenta libras.

(1) Expresion que significa salud, gracias, caballero.

Chek-Toullah estaba admirado de nuestra generosidad, y apenas podía creerla.

—Puesto que los saeb's me acompañan,—continuó el karawé,—voy á hacer la pesca con hachones, pues esto les divertirá más que con red ó caña.

—Hazla como quieras. ¿Cuándo saldremos?

—Estoy á la disposicion de los saeb's.

—Pero tú no me has comprendido bien; nosotros no queremos mandar ni hacer nada, ¿lo entiendes? Figúrate que en vez de nosotros llevas á tus hijos en tu compañía.

—El pobre cyngales no puede ser el padre de los doré-belatti (señores extranjeros).

—¿Qué te importa, puesto que ése es nuestro deseo?

—Mandad, y Chek-Toullah obedecerá.

Al pronunciar aquellas palabras, el musulman se enderezó cuan alto era, orgulloso por verse tratado así delante de los otros pescadores, y dió orden á sus dos ayudantes para que dispusiesen el catimaron.

Los macouas volvieron á su trabajo, pues el sol iba á desaparecer en la líquida llanura, y ésta era la señal de la partida.

Nos dirigimos hácia nuestra tienda para ponernos trajes más á propósito de los que llevábamos, y preparar las provisiones necesarias.

Despues de habernos puesto un traje completo de franela azul, y colgado los revólveres en un cinturón de la misma tela, abrimos la caja de las conservas de que siempre iba provisto.

—Ya sabeis—me dijo riendo mi amigo—que los buques llevan tres ó cuatro veces más canti-

dad de víveres de las que necesitan; por consiguiente, para ir prevenidos, debéis meter en el saco provisiones para tres días lo ménos.

—No temais,—le respondí en el mismo tono;— y si tenemos que arribar á una isla desierta, nos morirémos de hambre lo más tarde posible.

Por consiguiente, escogí una caja de pastel de liebre de dos kilos, un asado de vaca en gelatina, seis latas de sardinas y un largo tubo de hojalata en que, envuelto en una capa de grasa, dormía muellemente un gigantesco salchichon. Todas estas latas llevaban la etiqueta de Rodel hermanos, de Burdeos, de que ya he hablado, y que recomiendo á los viajeros y turistas, pues yo, que he hecho la travesía del Pacífico, de San Francisco á las islas de la Sociedad, y de éstas á las costas de la California, he tenido ocasion de experimentarlas, y á pesar de mis largos viajes por mar, siempre las he encontrado tan frescas y buenas al fin como al principio del viaje.

No hablo de esto para adular á esos honrados fabricantes, á quienes no conozco, sino por un verdadero espíritu de reconocimiento, puesto que creo que debo á esas conservas alimenticias la buena salud que he disfrutado durante los diez años que he estado recorriendo el mundo.

La salud es lo principal para el viajero, y creo hacer un servicio á los que por gusto ó por deber atraviesan los mares ó habitan los países tropicales indicándoles estas conservas.

—Si añadiéis dos *patés de foie gras*,—me dijo mi amigo cuando iba á cerrar la caja,—completaríais la provision.

—Vaya por el *foie gras*,—le respondí rien-

do.—Veo que vamos á hacer un verdadero viaje, y que no nos parecerémos en nada á esos pobres naufragos cuyas emociones quereis experimentar.

Despues de haber llenado los frascos de viejo coñac, colocamos cuatro botellas de vino en otro saco trenzado con hilo de coco, cogí la caja de las galletas, que iban á servirnos de pan, y nos dirigimos hácia el catimaron, que se balanceaba dulcemente á dos metros de la orilla.

Amoudou instaló nuestras provisiones en el fondo del tronco de árbol del centro, ahondado en forma de piragua, y el saco de red que contenia las botellas á *remolque*, como dicen los marineros, detras de la balsa, mojándose dos piés lo ménos en el agua; el medio mejor para que nada se rompiese.

Chek-Toullah habia amarrado en el centro una enorme pipa llena de agua dulce.

En el momento en que nos disponíamos á recomendar á Tinou y á Amoudou cuidasen de los objetos que dejábamos en tierra, este último me dijo con tono resuelto:

—Tinou y yo vamos á acompañaros, saebs.

—Imposible,—le respondí;— el karawé lleva ya dos ayudantes, y el catimaron no puede llevar más que cinco personas.

—Hemos alquilado otro catimaron.

—¿Cómo, sin nuestro permiso?

—Ama (la señora), cuando salimos de Chandernagor, me hizo jurar que nunca dejaría á saeb, y Amoudou tiene su palabra; saeb no irá á la mar, ó Amoudou le seguirá.

Nada tenia que añadir á lo que me decia mi nubio, pues sabía que éste se dejaría hacer peda-

zos ántes que ceder. Una promesa hecha á ama era para él sagrada, y por nada en el mundo hubiera faltado á ella.

Sin embargo, intenté convencerle diciéndole:

—Pero ¿quién cuidará de nuestras carretas y de nuestras armas?

—Saeb tiene la llave de la caja en su bolsillo,—respondió mi fiel servidor,—y mediante cuatro fanous, un peon de policía del thasildar (jefe del pueblo), permanecerá sentado sobre la caja hasta nuestra vuelta.

El tunante se habia arreglado de modo que nada pudiera turbar su proyecto; de suerte que despues de haber consultado á mi amigo, me decidí á dar mi consentimiento; y confieso que me alegraba en mi interior de que nos acompañase, pues íbamos á aventurarnos en un juego algo arriesgado, y no estaba de más la afeccion de Amoudou y de Tinou.

—Está bien,—le respondí;—podeis seguirnos.

Los dos lanzaron un grito de alegría, y en un cerrar de ojos se despojaron de sus trajes y se quedaron desnudos; y si no hubiera sido por consideracion á nosotros mismos, no hubiéramos dejado de hacer lo que ellos, pues íbamos á ir toda la noche con el agua hasta la cintura, puesto que el catimaron navegaba á flor de agua.

Preparada ya la balsa, el karawé nos hizo seña de que nos instaláramos en ella.

Nos sentamos en la parte de atras sobre los dos troncos de árboles, uno á la derecha y otro á la izquierda, dejando que nuestras piernas colgasen en el interior del tronco del centro, y de este modo permanecimos uno enfrente de otro durante todo el viaje.

Dos fuertes cuerdas de kair (hilaza de coco) se habian fijado en los extremos del catimaron, para que nos sirviesen de apoyo en caso poco probable de que se levantase alguna tormenta; y á la menor apariencia de mal tiempo, debíamos rodearlas alrededor del cuerpo, para no rodar fuera del esquife.

Despues de habernos subido el cinturon hasta debajo de los brazos y colocado nuestros revólveres sobre el pecho, con su cubierta de cuero para evitarles el contacto del agua, vimos con satisfaccion que no nos faltaba nada para nuestra ansiada excursion.

Casi juntas las dos balsas, con Amoudou y Tinou de pié en la suya, esperaban éstos la seña de partida. El débil esquife que éstos montaban apenas podia contener cuatro personas, y nuestros dos criados se habian comprometido á reemplazar al ayudante del pescador que les habia alquilado la embarcacion. Todas sus provisiones se reducian á una docena de cocos secos, cuya leche debia servirles de bebida, y la carne del mismo de comida.

Como todos los indígenas, eran nuestros domésticos una especie de anfibios, y no estábamos inquietos por ellos á pesar del singular vehículo que habian escogido.

—Me alegro mucho de que vengan con nosotros,—me dijo mi amigo,—aunque en la mar no pueden encontrar tiendas de tchandos (vendedores de arack y otros licores).

—Es verdad,—le respondí;—pero reparad cómo esos tunantes han tomado sus precauciones. ¿No veis esa enorme botija de barro negro fuerte-

mente amarrada en medio de su catimaron, y tapada con estopa? Estoy seguro de que está llena de callou (jugo fermentado del cocotero).

—Creí que sería agua.

—Amoudou y Tinou desprecian ese líquido vulgar, y estoy seguro de que no llevan una gota.

Segun la costumbre, los dos jefes de las castas macouas y karawés dieron la señal de partida, y los doscientos catimarons que la esperaban ya listos se lanzaron al mar por medio de un vigoroso esfuerzo.

Al principio se oyó un concierto atronador de gritos para marcar el tiempo é ir juntos, y franqueamos así sin tropiezo la barra, que aún en tiempo tranquilo tiene siempre bastante fuerza sobre las costas.

En algunos minutos estuvimos á gran distancia del puerto, y el sol, que doraba aún débilmente el horizonte, nos permitió gozar de un espectáculo deslumbrador.

Una marejada lenta y uniforme movía esas grandes olas de más de un kilómetro, que conocen todos los navegantes del Océano indio; pero bajo la hábil dirección de nuestros marinos, subíamos sin esfuerzo á la cumbre y volvíamos á bajar, lo mismo que si fuésemos á hundirnos en un agujero sin fondo.

El catimaron, muy inclinado al bajar, se encontraba como entre dos montañas de agua, y entonces se levantaba insensiblemente y volvía á subir con la ola siguiente, para volver á bajar y volver á subir de nuevo.

Cuando nos volvíamos para mirar á la tierra, en aquella posición nos parecía á la débil luz del cre-

púsculo que era ella, y no el mar, la que se elevaba y se bajaba con uniformidad.

Los otros catimarons se habian quedado atras por respeto, y sólo la pequeña balsa de Amoudou nos seguía tan de cerca que casi tocaba la nuestra.

Poco á poco se fueron extinguiendo los ruidos de la tierra, y la noche extendió su negro manto sobre las aguas.

Los primeros momentos, lo confieso, me causaron un vértigo, y por instinto me arrollé rápidamente dos ó tres veces la cuerda de kair á mi cintura. El movimiento de nuestro catimaron, el murmullo vago é indefinido de las olas, la ausencia de los ruidos de la tierra, el agua que nos azotaba el cuerpo por momentos, todo contribuía á sumirme en un malestar extraño, pareciéndome á veces que las cuerdas que unian nuestros troncos de árboles estaban prontas á romperse, y que íbamos á caer en las olas como pavesas sin punto de apoyo.

En aquel momento oí á corta distancia la voz de Amoudou entonar una canción malabar.

Hé ho, hé ho, tanie conda,
Peroungalor cany pomlé.

«Ohé, ohé, trae agua, jóven de Peroungalor...»
Su compañero y los de nuestra piragua unieron sus voces á la suya... y fué para mí como un despertar halagüeño en medio de una espantosa pesadilla; aquella ilusión de aislamiento que me habia alucinado desapareció de repente, y me hice dueño de mis impresiones.

—Vamos á encender un cigarro, — me dijo mi amigo, que no habia dado señales de vida desde nuestra partida.

Al día siguiente supe que habia experimentado las mismas emociones que yo.

—Con mucho gusto, — respondí con voz tranquila, repuesto ya de mi emocion.

En el mismo instante Chek-Toullah dió á sus hombres la órden de parar.

—Ya estamos bastante léjos de la costa para empezar á pescar, — les dijo.

El catimaron de Amoudou siguió la impulsión y se paró á algunos metros. Las grandes oleadas producidas por la proximidad de la tierra se habian apaciguado, de manera de no formar más que una marejada casi insensible, que debia cambiarse en algunas horas en una tranquilidad completa. El Océano, en esta estacion, á la salida del sol, se parece á un vasto lago dormido.

De repente una viva claridad iluminó las olas.

El karawé acababa de encender una antorcha de madera de cocotero impregnada de resina, y la amarró á una percha horizontal que se elevaba como un metro sobre los bordes del catimaron para que las olas no pudiesen mojarla.

En el momento en que se encendió la antorcha, vimos á los dos remeros sacar precipitadamente sus piernas del agua, donde las llevaban metidas desde nuestra partida, pues guiaban la piragua sentados en la extremidad de los dos troncos exteriores. Les preguntamos en seguida el motivo de aquella rápida accion.

—Mahapongous (los tiburones), — respondieron sencillamente.

Esta palabra nos hizo estremecer, pues habiamos olvidado el verdadero peligro que ibamos á correr. Estos peces voraces son tan numerosos en el mar de las Indias, que es casi imposible á un europeo bañarse en las costas de Malabar ó de Comandel.

Miéntas que bogábamos, los dos ayudantes de Chek-Toullah, sentados en las extremidades de las viga sexteriores del catimaron, habian dejado colgar sus piernas en el agua sin cuidado alguno, pues andábamos cinco ó seis nudos, y el tiburón sólo puede andar dos; pero cuando nos parábamos, tuvieron que sacarlos en seguida del agua, pues se los hubieran comido al momento aquellos animales.

—No tardarán mucho los mahapongous en venir á pasearse alrededor de la embarcacion, atraídos por la luz, — nos dijo el karawé. — Aconsejo á los señores que permanezcan en el interior del catimaron, y sobre todo, que no metan las manos en el agua, y podrán ver de cerca, sin correr riesgo alguno, al gran enemigo de los pescadores.

Con efecto, asistimos á una escena verdaderamente fantástica.

Miéntas que nuestro catimaron, abandonado á sí mismo, cortaba lentamente las olas, los pescados, atraídos por la luz de la antorcha, subian en tropel del fondo del Océano. Al principio, millares de plateados clupeas vinieron á la superficie, haciendo brillar sus escamas; pero fué cosa instantánea, pues apenas se mostraron, volvieron á hundirse en las aguas, dejando tras sí innumerables rastros luminosos y fosforescentes, que parecian pequeñas estrellas desfilando bajo las aguas.

Chek-Toullah y sus dos macouas, de pié sobre el tronco exterior del catimaron donde estaba la antorcha, teniendo cada uno en la mano un pequeño arpon acerado en forma de lanza, metido en un mango de madera de tres metros, esperaban, manteniéndose con maravilloso equilibrio, adversarios más dignos de ellos. En este género de pesca se vanaglorian de no fallar jamás el primer golpe.

De repente comprendimos el por qué el banco de clupeas había desaparecido. Tres ó cuatro bonitos de vientre rayado aparecieron súbitamente, nadando con rapidez vertiginosa; pero ántes que hubiesen pasado el rayo iluminado por la antorcha, la lanza del tandel (patron) partió con la rapidez de la flecha, y uno de ellos, herido en medio del cuerpo, empezó á hacer esfuerzos sobre-humanos para desprenderse del arpon que le había atravesado.

Aquel pez era enorme, y no podíamos subirle á la piragua hasta que exhalase el último suspiro, pues el arpon no hubiera podido sostener su peso fuera del agua.

Chek-Toullah abandonó su lanza, que estaba amarrada á una anilla del catimaron por una sólida cuerda de kair de una docena de brazas, y el bonito, despues de haberse sumergido cinco ó seis veces, subió á la superficie, debatiéndose aún, y luego quedó inmóvil.

Un frenético hurra salido de las dos embarcaciones saludó aquel magnífico principio de la pesca.

Uno de los ayudantes se arrojó inmediatamente al mar, rodeó con una cuerda el enorme pescado, y volvió á subir á bordo.

Los tres indígenas reunidos le izaron con gran trabajo sobre el catimaron; tenía dos metros veinte centímetros de largo, y el tandel nos aseguró que pesaba lo ménos un medio bahar (doscientas cuarenta libras).

El catimaron que montaban Amoudou y su camarada no hubiera podido llevarle á remolque.

En cuanto al nuestro, que medía seis metros cincuenta de largo por tres veinte de ancho, hubiera podido llevar media docena de ellos.

El enorme tronco de árbol del centro tenía él solo un metro sesenta de anchura; pero estaba siempre lleno de agua, pues como ya he dicho, navegábamos siempre á flor de agua. Aparte del ligero inconveniente en aquellas latitudes de llevar constantemente las piernas metidas en el agua, no creo haya medio más sólido de locomoción en la mar. Estos troncos de árboles reunidos resisten los más fuertes temporales.

En un momento cada uno ocupó su puesto, y esperamos en la inmovilidad más completa que nuevos huéspedes viniesen á hacernos una visita.

La noche era espléndida; millares de estrellas se reflejaban sobre la líquida sábana, y nuestros catimarons permanecían inmóviles en la superficie como tapones de corcho sobre agua.

El Océano parecía una placa de mármol negro sembrado de oro, confundiéndose la mar y el cielo, enviándose de una á otro millones de puntas luminosas, átomos de lo infinito... mundos inconmensurables para nosotros.

¿Cómo se quiere que los viajeros *de imaginación*, como les llaman los señores Cernuschi y Duret, poetizen semejantes situaciones?

Por todas partes abismos sin fondo, encima la inmensidad, y en medio de todo esto, algunos hombres sobre troncos de árboles, viéndose *tan pequeños* al lado de todo aquello *tan grande*, que permanecen silenciosos, porque no encuentran palabras para expresar la emoción que los domina.

Sumergidos en aquel éxtasis contemplativo, permanecemos muchas horas, olvidando á nuestros pescadores y á nosotros mismos, y lo que es más raro, nuestros pensamientos seguían el mismo curso, y por una asociación de ideas singular, dejando las riberas indias, nos dejamos dominar por el recuerdo... La inmensa soledad del Océano nos había llevado hácia la patria y los ausentes. Yo fui el primero en salir de aquella somnolencia lúcida, y miré con curiosidad lo que pasaba á nuestro alrededor.

Nuestros tres pescadores habían llenado casi por completo el interior del catimaron de doradas rojas, de vavales de un verde esmeralda, y de otra infinidad de pescados; pero ninguno tan grande como el bonito, que permanecía en el centro de la balsa.

Era cerca de la una de la mañana cuando la fatiga y la frescura relativa que se sentía nos invitaron á dar un asalto á nuestras provisiones, que flotaban en sus tubos de hojalata. Provisto del hierrecillo de abrir latas, abrí una de liebre, mientras que mi amigo hacía por su parte una incisión circular en la tapa de la caja de galletas.

En nuestra vida hemos hecho nunca comida más singular y con mejor apetito. Ibamos á echar algunas migajas á la multitud de pececillos que

subían de las profundidades del Océano atraídos por la luz de la antorcha, cuando de repente vimos al karawé apagar precipitadamente la antorcha, y los dos ayudantes coger sus remos. En un instante el catimaron voló sobre las aguas.

—¿Qué hay?—pregunté lleno de curiosidad, al ver interrumpida precipitadamente la pesca.

Oímos entónces en medio de la más profunda oscuridad la voz grave de Chek-Toullah, que nos decía:

—Atencion, saebs, y no salgais del catimaron; son los mahapongous.

—¿Qué dice?—preguntó mi amigo, que no había oído sin duda esta última palabra.

—Nos persiguen los tollos,—le respondí.

—¡Qué lástima—continuó sencillamente mi compañero—que la oscuridad nos impida ensayar en ellos nuestros revólveres!

Media docena de largos surcos fosforescentes, que se reflejaban en el mar á ambos lados de nuestro esquifé, indicaban tan sólo la presencia de aquellos terribles pescados, que durante algunos instantes intentaron luchar con nosotros en velocidad; pero como nuestros remeros eran robustos y sabían su oficio, no tardamos en dejarlos atrás, pues comprendieron sin duda que sus esfuerzos para alcanzarnos eran inútiles.

No hay ningun pescado, ni aún los más pequeños, que no pueda escaparse fácilmente del tiburón. De suerte que ese monstruo siempre hambriento no consigne subvenir á sus necesidades más que por sorpresa, contentándose con pescados muertos ó enfermos.

Me apresuro á hacer constar que toda la emo-

ción del incidente consistía sobre todo en la singularidad de nuestra situación, y en la impresión que produce siempre la presencia de animales tan terribles; en cuanto al peligro, sólo teníamos que temerle de nuestra propia imprudencia, ó de que el jefe karawé no nos advirtiese; pero esto último era difícil, porque se conoce al momento la llegada del tiburón al ver cómo desaparecen inmediatamente esos millares de pececillos que rodean los esquifes en el radio que ilumina la antorcha.

Al cabo de media hora de aquella carrera, se volvió á encender la antorcha, y nuestros hombres continuaron tranquilamente pescando y llevando su pesca al sitio reservado para ella en el catimaron.

—¿No os sucede jamás—dije al patrón—coger algún tiburón cuando pescáis con red?

—Muy pocas veces, saeb, —me respondió, —pues como no llevamos luz á bordo de nuestra embarcación que nos ofusque la vista, le apercibimos desde muy lejos, por el rastro fosforescente que dejan tras sí, y huimos rápidamente. Pero á veces sucede que suben del fondo del mar y se enganchan en nuestras redes, que rompen con facilidad y devoran en seguida.

—¿Los tiburones devoran vuestras redes?

—Sí, saeb; tragan todo lo que encuentran, y me ha sucedido con frecuencia, cuando los he pescado con arpon, encontrar en su vientre pedazos de cables de los buques, maderas podridas y cocos secos enteros que las olas llevan á alta mar.

—¿Podeis atacar á ese animal con vuestro catimaron?

—Sí por cierto, saeb; y si quereis, podemos, al

salir el sol, pescar con el arpon el primero que encontremos, pues hay muchos en estas costas.

Cuando las estrellas empezaron á palidecer en el firmamento, y la Cruz del Sur no nos mostraba ya más que su rama superior, se apagó de nuevo la antorcha, se aseguraron las lanzas á lo largo del catimaron, y los remeros, á una órden del tandel, pusieron la proa de la embarcación en la dirección de la tierra, de la que debíamos distar unas siete ú ocho millas.

Confieso que estábamos ya rendidos, y que ansiábamos volver á tierra; y aunque vimos numerosos surcos sobre las aguas del Océano que indicaban la presencia de los tiburones, no quisimos pedir al tandel nos cumpliera su oferta.

Hacia ya más de diez horas que navegábamos sobre troncos de árboles, sin poder cambiar de posición, con la mitad del cuerpo en el agua, y ansiábamos descansar en nuestra improvisada tienda de follaje.

Pero la casualidad no quiso evitarnos las emociones de aquella lucha extraña, pues á unos quinientos metros apenas de la orilla, un terrible tiburón se presentó á nuestra vista, y ántes que hubiésemos tenido tiempo de advertir al tandel, ya éste había dado órden á sus hombres de que cesasen de remar.

—Dejémosles que obren á su gusto, —dijo mi amigo;—este episodio completará agradablemente nuestra excursión.

Al ver al tiburón, Amoudou y su camarada habían abandonado también el remo, y oímos á mi nubio que hacía con Tinou la apuesta de matar él solo al tiburón.

Yo sabía que Amoudou era capaz de ejecutar su designio, pues hacía apenas dos meses que había matado uno de esos terribles animales en la bahía de Kalpentin, para salvar la vida á un macoua; pero como no nos amenazaba ningun peligro, semejante acto hubiera sido una inútil fanfarronada. Por consiguiente, se lo prohibí expresamente, mandándole dejase al tandel y á los karawés el cuidado de pescar al monstruo.

El catimaron había insensiblemente presentado la parte trasera al tiburón, y no estaba éste ya más que á unos treinta metros de nosotros, cuando Chek-Toullah arrojó al agua un garfio de tres puntas, enganchando en él el pescado más grande que teníamos á bordo, y sujeto con una fuerte cuerda de kair. Apenas se había amarrado la cuerda sólidamente á uno de los troncos de árboles del catimaron, cuando vimos que el tiburón redoblabá su celeridad, y volviéndose de costado, única posición que le permite coger una presa, por la desigualdad de sus quijadas, tragarse pescado y anzuelo en un instante.

—¡Tchicran po, tamby! — exclamó el tandel á sus hombres. — ¡Firmes, camaradas!

Estos últimos se pusieron inmediatamente á remar con fuerza, y no pudimos contener un grito de alegría al ver que el tiburón hacía inútiles esfuerzos para desprenderse del impulso que le obligaba á seguir la impulsión del catimaron.

Las puntas del garfio le habían atravesado las carnes entre el ojo y la quijada superior.

Un cuarto de hora despues llegamos á la orilla, y los karawés acabaron su captura á lanzazos.

Nosotros nos apresuramos, sin ver el fin de la

aventura, á entrar en nuestra tienda y cambiarnos de ropa, extendiendonos con delicia sobre una esterilla de junquillos. Estábamos rendidos...

Cuando abrí los ojos, era ya de noche; mi amigo dormía aún, y Amoudou, que velaba cerca de la puerta, me indicó silenciosamente con sus dedos que eran las nueve de la noche; por consiguiente, habíamos dormido cerca de catorce horas.

Al día siguiente, fuimos á caza á los arrozales y pantanos, á hacer una visita á las becacinas y chorlitos reales dorados, que en los climas tropicales abundan mucho en las altas yerbas, y por la noche, cuando volvimos á nuestro campamento, Amoudou nos remitió un billetito que había traído un *sercar* del *assistant* del coronel Ewans, y venía firmado por el capitán Frank Nolan.

Habiendo sabido el *assistant* del director de las cazas por el thasildar que traíamos una recomendación especial para su jefe, nos escribió ofreciéndonos la hospitalidad en su casa, excusándose cortésmente por no haber podido venir en persona á hacernos su invitación, pues las necesidades del servicio le impedían dejar la estación en la ausencia del coronel; y terminaba asegurándonos que haría cuanto pudiese por hacernos agradable la permanencia en aquel país.

Aceptamos gustosos tan cordial invitación, y al día siguiente dejamos á Kahawatté para ir á la estación de Wallevé, en el río de este nombre.

El capitán Nolan, á quien habíamos enviado á dar las gracias por su oferta, tuvo la bondad de enviarnos un guía.

Almorzamos cerca del pequeño lago de Maro-

kadé, y por la noche llegamos á las riberas de Wallevé.

Al seguir la ribera, y habiéndonos parado para examinar un puente colgante hecho de cuerdas de fibras de coco, lanzado en el espacio con gran habilidad, oímos de repente mugidos prolongados que partían de los pantanos que teníamos debajo, y avanzando hasta el borde del camino, vimos dos jaguares que se arremetían con furor, mientras que á su lado, una hembra en celo se revolcaba rugiendo sobre la arena blanca de la playa. Las dos fieras estaban demasiado ocupadas para fijarse en nosotros; por consiguiente, pudimos continuar nuestro camino para alejarnos cuanto ántes de tan peligrosos vecinos.

A cierta distancia de Florid-Garden (así se llamaba la casa adonde íbamos), nos encontramos con el caballero que nos había convidado, que se adelantaba hácia nosotros. Nuestra mutua presentación fué de las más cordiales, y montando á su lado en su boggey, acabamos el camino que teníamos aún que recorrer.

Después de los primeros cumplimientos de costumbre y de habernos enseñado nuestras habitaciones, el capitán se despidió de nosotros, dándonos gracias por haber ido á alegrar su soledad, y diciéndonos que la comida estaría lista en cuanto avisásemos nosotros haber acabado nuestra *toilette*.

Mi amigo, que hasta en medio de las junqueras conservaba siempre la más exquisita galantería, respondió que estábamos á las órdenes de lady Nolan.

—¡Ah, señores!—dijo riendo el capitán.—Lady

Nolan no existe aún más que en mis sueños, y no ha querido lanzarse todavía en el sendero que yo recorro hace veintiocho años.

Su carácter franco y comunicativo se captó nuestras simpatías, y el amable jóven se separó de nosotros diciéndonos:

—Os cedo aquí, señores, todos los derechos del ama de la casa, y podéis obrar con toda libertad, deseando tan sólo no os encontréis del todo mal con mi hospitalidad de hombre soltero.

¡Qué inglés tan agradable! dijimos mutuamente mi amigo y yo en cuanto estuvimos solos. Sólo dos ó tres ingleses como éste he encontrado en mis viajes que reúnan la perfección del buen tono y de la *alegría*, unido á ese encantador abandono del hombre de buena sociedad, que da una apariencia de antigua intimidad á las relaciones contraidas el día ántes.

La casa de nuestro nuevo amigo era espléndida. El comedor, que habíamos visto al pasar bajo una galería, cubierto de cristalería, de fina porcelana, y de frascos de forma prolongada metidos en recipientes llenos de hielo, nos invitaba á apresurar la visita al comedor; de suerte que nos entregamos con prontitud entre las manos de dos metis que, enteramente desnudos y con las esponjas de *massage* ya preparadas, nos esperaban para dirigir nuestro baño.

¡Cuán deliciosos son esos baños indios!

Nos dirigimos á una sala estucada de arriba abajo, sin más abertura que una puerta situada á metro y medio del suelo. Bajamos á aquella piscina por seis escalones de granito, y apenas habíamos tocado el suelo, cuando del techo de zinc

que formaba el *reservoir*, ó depósito, cayó sobre nosotros durante algunos minutos una verdadera catarata de agua fresca; no contentos con esto, los dos metis nos echaban sobre todas las partes del cuerpo surtidores de agua que casi nos hacían perder la respiración. Al cabo de algunos minutos se paró como por encanto aquella inundación general, y los cyngaleses se apoderaron de nosotros y empezaron la delicada operación del *massage*, que en poco tiempo devuelve la elasticidad y el vigor al cuerpo más fatigado.

No tardamos en estar listos, é hicimos nuestra entrada en el comedor, llevando uno de esos apetitos que son la más dulce recompensa de las fatigas de un viajero.

Una sopera de mouloucoutanie, que es todo un poema de gula, volvió á la cocina completamente vacía.

Atacamos despues unas colas de langostas asadas con salsa de pimientos, que fueron inmediatamente reemplazadas por filetes de salmon negro cocido con manteca blanca, y un tímbal de lebratillo á la Madera.

Esta primera parte de la comida, por una delicada atención, pertenecía á la cocina indo-francesa.

Despues de algunos momentos de reposo, hizo su aparición la cocina inglesa con el consabido *asado*, compuesto de tres piezas, una pierna de carnero, una docena de becacinas y un pavo salvaje. En el centro habia una pirámide de patatas cocidas á la inglesa, es decir, al vapor, y rodeadas por los tres asados de que ya he hablado. Allí habia suficiente para hartar á una compañía de highlanders...

Confieso que hicimos honor á la comida.

Luégo le tocó su vez á la cocina india, con sus *carrys* de caza y de langostinos; pero lo que saludamos con verdadera alegría fué la aparición de un bloc de hielo, en que las ananas, la guayaba rosa y la vainilla acabada de coger mezclaban sus matices y sus perfumes.

Los postres los compusieron toda clase de frutas del país metidas en cestitas.

No digo nada de los vinos, que eran todos de nuestro gusto y de exquisita calidad.

El café, que la víspera aún estaba *sobre la rama que le habia visto nacer*, se tostó, se machacó en un mortero de mármol, y se echó en el agua hirviendo en cinco minutos, en la proporción de media libra por tres tazas, y cuando lo echamos en nuestras tazas de china antigua, despidió un perfume que se esparció por toda la sala.

¿Qué más diré? A los postres, la Inglaterra y la Francia se juraron amistad eterna.

Y no se crea por esto que esta comida habia sido un *banquete* de ceremonia, nada de eso.

Todos los oficiales del *civil service* llevan en la India una vida tan sumamente opulenta, que nada puede dar una idea de ella en Europa, pues derrochan sus magníficos sueldos, y hasta á veces contraen deudas.

¡*Es preciso vivir bien!* os dirán el colector ó el magistrado, con su palacio, su ejército de criados y su docena de caballos de pura raza en el *box*.

¡*Es preciso vivir bien!* repetirá el negociante que gasta un lago de rupias (doscientos cincuenta mil francos) para los gastos de su casa.

¡*Es preciso vivir bien!* os dirá hasta el último

empleado, cuyos servicios é inteligencia valdrian apénas en Europa cien francos al mes.

Pero ¿qué es vivir para ese hombre que ha llegado á la India como soldado ó marinero?

«Vivir—como dice Jacquemont—es tener un caballo de silla, un cabriolet, una casa para sí solo, una india por querida, beber una botella de vino diaria, una ó dos botellas de cerveza, y en vez de agua sola, agua de seltz. Además, ya se sabe que en un clima tan cálido se necesita un numeroso personal de criados... Todos los ingleses que van á la India, dicen que hacen un enorme sacrificio y que tienen derecho á las más grandes indemnizaciones. En ninguna otra parte del mundo tienen tantas pretensiones á la riqueza y á la opulencia... Esta ambicion, en algunas personas que por su inutilidad no tienen derecho á ella, tiene algo de impertinente...»

Si el empleado de comercio más insignificante no puede vivir más que como dejo indicado, puede juzgarse cuál será la existencia de los funcionarios del *civil service* y los oficiales de guarnición en las estaciones.

El capitán Frank Nolan no habia hecho añadir un solo plato para recibirnos á su comida ordinaria.

—¿Qué quereis?—nos dijo cuando salimos del comedor para ir á tomar el fresco en la verandah.—La vida se compone de movimiento y de excitacion; léjos de todo centro inteligente, y en presencia constantemente del bosque, de la junguera y del rio, cuyo murmullo se oye desde aquí... y para no dejarme arrastrar á esa existencia afeminada y llena de sueños encantadores

que llevan en este país la mayor parte de mis camaradas, he triplicado el personal de mis criados, tengo seis caballos de silla, cuatro de tiro y cinco elefantes; voy á la caza con un tren que envidiaría un rey, y mi mesa está siempre cubierta de flores, plata y cristalería, y dispuesto el servicio para diez personas. Jamás entro en el comedor sin vestirme, pues ya sabeis aquello de Frank Nolan come en casa de Frank Nolan. Pues bien, yo procuro conservarme un *gentleman* como me han hecho mi educacion y mi familia, evitando por medio de los cuidados incesantes que reclaman el numeroso personal de criados que tengo á mi servicio y el lujo que me rodea, ese embrutecimiento sistemático en el que caen gran parte de mis compatriotas, por el abuso de los licores, la ociosidad y las mujeres. Cazar y domesticar los elefantes son ocupaciones interesantes para los oficiales de la estacion, que no las descuidan en sus criados. Yo, por mi parte, os aseguro que estudio con gran placer esos animales extraordinarios, cuya rara inteligencia me sumerge á veces en meditaciones sin fin sobre el origen de las especies terrestres, y á veces me pregunto, como mi compatriota Darwin, si todo lo que existe no se debe á la modificacion lenta, pero continua, de formas perceptibles, *seleccionando* poco á poco las cualidades naturales que el derecho hereditario perpetúa.

—Tengo el gusto, mi querido amigo,—le interrumpí yo,—de deciros que participo enteramente de vuestras ideas, y que profeso un verdadero culto por el elefante.

—Es sin duda ninguna—añadió el capitán—el